

¿CAMBIO DE RUMBO?

Cristóbal M.^a Barrionuevo S. I.

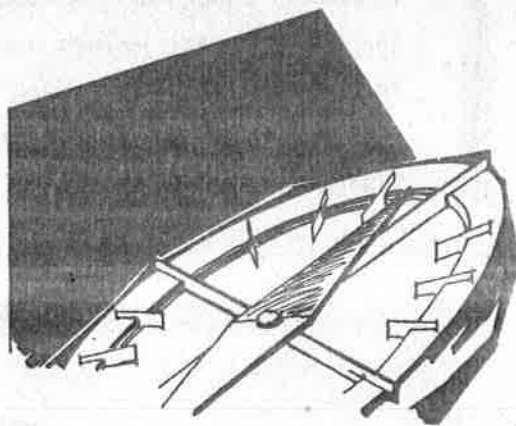
Se ha celebrado de muchas maneras a lo largo de toda la geografía española un vigésimo aniversario, el del 18 de Julio del 36. De intento hemos dejado acallarse todos los ecos de esa conmemoración antes de alzar nuestra voz. No queríamos que se confundiera lo que tenemos que decir los católicos — *algunos* católicos y y sin más autoridad que la de simples individuales — desde *dentro de la Iglesia*, con lo que dicen los católicos, pero desde el aire libre, abierto a todos los aires políticos.

Porque aquella fecha tiene trascendencia para nosotros, los católicos, del año 56; ella marcó el rumbo a toda la labor de la Iglesia durante estos veinte años. El 36 la Iglesia y los católicos españoles se lanzaron con un unánime entusiasmo a la tarea de construir una sociedad íntegramente cristiana. Una sociedad cuyo estado reconociera los principios católicos como orientadores de su acción. Una cultura en la que no hubiera parecida que no llevara el sello de Cristo. Una educación que al mismo tiempo formara ciudadanos dignos de las dos patrias, la terrena y la eterna. Una estructura social en la que se hicieran realidades las orientaciones pontificias, y mostrara al mundo como el catolicismo tenía la solución para el gran problema del siglo XX. En una palabra; construir — como tantas veces se dijo a nuestra juventud por sus mejores conductores citando palabras de Pío XI — la cristiandad ejemplar que necesita el mundo profundamente enfermo para poder volver a Cristo. (Mit brennender Sorge). Y, como decíamos, el año 36 en ese intento esperanzado y entusiasta estaban unidos todos los católicos españoles.

Pero han pasado 20 años. Y los católicos de hoy, muchos de ellos demasiado jóvenes para haber vivido aquellas fechas, hacen el balance.

Quizás no es esta la palabra. Un balance exacto quizás no haya nadie capaz de hacerlo. Lo que hacemos es comparar nuestra realidad de hoy con ese ideal que amanecía el año 36. Y viene la desilusión. En nuestra cultura hay una honda fermentación, causada por gérmenes, no pocos de los cuales llevan el sello anticatólico. Voces insistentes y no faltas de autoridad proclaman el fracaso de nuestra enseñanza religiosa superior. Nuestra sociedad por más que haya mejorado sigue aún ostentando la llaga de pavorosas injusticias sociales. Y esa misma sociedad enfrentada con la prueba — quizás más difícil, especialmente para nuestro temperamento ibero que la de la misma persecución de sangre — ha apostado en su conjunto y como unidad social, sino de la fe, ciertamente de la caridad cristiana bajo el halago de la fácil pero injusta ganancia. Y ante estos contrastes surge el desaliento.

Si estos han sido los resultados, ¿es que nos hemos equivocado de camino? Esta es la pregunta



ansiosa que corre en muchas bocas. Y hay quienes se apresuran a contestar con un «sí» rotundo y a proponer el remedio: — «Abandono de todos esos objetivos demasiado ambiciosos y demasiado poco realistas, que han guiado la acción de los católicos durante estos veinte años. Reconocimiento de la falta de cristianismo de España, y encauzamiento de nuestros trabajos no a la cristianización de nuestra sociedad entera, sino a la formación de un núcleo católico, quizás minoritario, pero de un catolicismo más hondo y más sincero que el de esta gran masa católica de hoy, más tropiezo y escándalo que fermento de levadura».

Estos son los hechos. Pero ¿dónde buscar la orientación segura y firme en este agitarse de los propios pareceres? El católico tiene siempre un guía seguro: la Iglesia. Y la Iglesia, tal y como la fundó Jesucristo: jerárquica — esa palabra, contraseña de catolicismo.

Y la Jerarquía creemos que implícita, pero clarísimamente, a la pregunta «¿Debemos abandonar esos objetivos que nos han guiado durante veinte años?», ha contestado con un «No» rotundo. ¿Donde está ese «no»? En el Concordato. (1)

El Concordato no es sólo un pacto entre la Iglesia y el Estado, es también un cauce directivo de los esfuerzos católicos. Y en él claramente están proclamados los ideales de que hablaba antes: Estado que reconoce los principios católicos como rectores de su acción; educación religiosa obligatoria para todos los católicos; cultura que no podrá marchar contra las enseñanzas de Cristo.

Y el concordato no está anticuado. Parece ridículo tener que afirmar una cosa tan evidente como que tres años no pueden haber hecho viejo este pacto solemne entre la Iglesia y el Estado que venía a sustituir a otro que había durado casi ochenta años. Pero además no necesitamos siquiera razonar esta afirmación evidente. También es la Jerarquía quien nos dice con voz autorizada. Hace apenas unos meses los Metropolitanos españoles — en su instrucción dirigida a los intelectuales (2) — proclamaban bien alto que no es de buen católico censurar el régimen de relaciones con el Estado que la Santa Sede había juzgado convenir a España.

Sin embargo la dolorosa disparidad entre ideales y realidades sigue en pie. Y si ella no arguye

«Hay tan solo un remedio: volver al orden puesto por Dios aún en las relaciones entre los Estados y los pueblos: volver a un verdadero cristianismo en el Estado y entre los Estados. No se diga que ésta no es una política realista. La experiencia debería haber enseñado a todos que la política orientada hacia las leyes de Dios, es la más real y concreta de todas las políticas. Los pueblos realistas, que piensan de otra manera, no crean sino ruínas».

Pío XII en el Mensaje de Navidad de 1945

equivocación en la ruta ¿cuál es su significado? No, equivocación de ruta, sino fracaso o al menos lentitud en el recorrerla. No basta saber el camino. Hay que andarlo. Y aún a veces esto no basta, cuando no es indiferente el momento en que se llega al fin de él. Y no cabe sobre esto la menor duda: los católicos españoles, en esta nuestra marcha, vamos con retraso. Nos ha cogido el calor fuerte del mediodía subiendo por el repecho sin haber vencido aún lo más duro del camino. Y por eso el remedio no es desandar lo hecho, ni sentarse a la vera del camino, sino apretar la marcha, y tratar de ganar el tiempo perdido, quemando si es preciso las etapas.

No, los problemas de la España de hoy no se solucionan con un simple cambio de relaciones entre la Iglesia y el Estado (mucho menos con un destejer lo tejido). Son problemas de apostolado. Porque lo que nos enseña la dura y amarga experiencia de estos veinte años, es que el ambicioso intento a que nos lanzamos el año 36 exige un catolicismo mucho más práctico y exigente y total en un número mucho mayor de

españoles. Y el remedio frente a ese problema no es la retirada fácil que abandone a la intemperie a los millones de españoles que tienen fe, pero que con humana inconsecuencia no viven todas las exigencias de ella. El remedio — insistimos — no es abandonar esas raíces de fe y dejarlas secarse, sino una faena dura y ardiente de trabajo apostólico — no femeninas lamentaciones, ni amargos ataques — que abrace todos los campos más necesitados — intelectuales y proletarios, conciencia social y moralidad económica — ; una faena de ritmo casi frenético al compás marcado por el terrible temor de llegar tarde.

(1) Prescindimos por el momento de otras declaraciones de la Jerarquía. No queremos afirmar que en la práctica la unión y colaboración entre Iglesia y Estado — «tesis» en la doctrina católica — tal y como lo propugna nuestro concordato, sólo presente ventajas y no ofrezca o dé ocasión, a dificultades. ¿Qué otro régimen de relaciones no las tiene y de por sí mucho mayores?

(2) La instrucción fué publicada en «Ecclesia» 21-IV-56 p (449) 13. Sobre ella cfr. PROYECCIÓN n.º 10 (Oct. 1956) 227 - 30.

